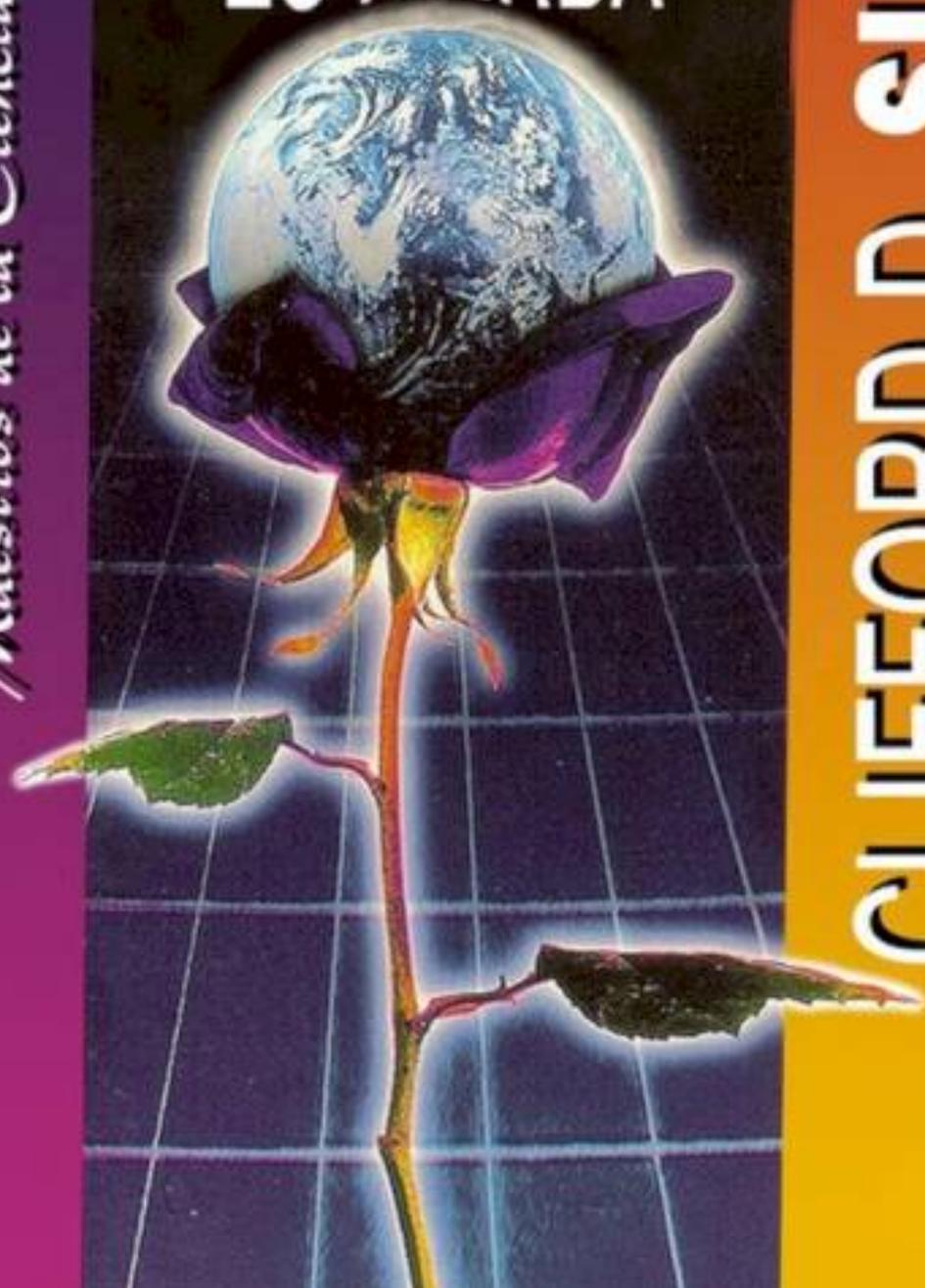


*Maestros de la Ciencia Ficción*

# TODA LA CARNE ES HIERBA



**CLIFFORD D. SIMAK**

Milville sería una pequeña ciudad adormecida, una ciudad como tantas otras, si no fuera por una peculiaridad: hay en torno a ella algo impalpable, una frontera, que puede ser atravesada por todo, menos por la vida. Uno de los habitantes de tan singular ciudad es Brad, individuo más o menos fracasado, propietario de un invernadero. En algún momento comienzan a aparecer en éste misteriosas flores moradas. Flores que son las claves que permiten pasar a un universo paralelo, en el que existen inteligencias no humanas. Casi sin proponérselo, Brad se convierte en su interlocutor.

# 1

Cuando torcí en la calle del pueblo y entré en la carretera principal había un camión detrás de mí. Era uno de esos grandes camiones con remolque e iba realmente rápido. El límite de velocidad era de 45 kilómetros por hora en ese tramo de carretera, que cruzaba un extremo del pueblo, pero a esa hora de la mañana no era razonable esperar que nadie prestara atención a una señal de limitación de velocidad.

No me fijé demasiado en el camión. Iba a detenerme aproximadamente un kilómetro y medio más adelante, en el Johnny's Motor Court para recoger a Alf Peterson, que estaría esperándome, con sus aparejos de pesca preparados. Y tenía también otras cosas en que pensar —sobre todo en el teléfono y me preguntaba quién había llamado—. Distinguí tres voces y todo fue muy extraño, pero tenía la sensación de que podía haber sido una voz, modificada a las mil maravillas para hacer tres voces, y de que reconocería esa voz básica si tan sólo pudiera situarla. Y estaba Gerald Sherwood, sentado en su estudio, con dos paredes forradas de libros, hablándome de los proyectos que habían tomado forma, sin buscarlo, en su cerebro. Además de Sti-

ffy Grant, que suplicó que no les dejara usar la bomba. Eso, por no mencionar la cuestión de los 1500 dólares.

Carretera arriba se encontraba la residencia de los Sherwood, que se alzaba en lo alto de la colina, aunque casi oculta al romper el día, por la enorme masa de los robles que crecían alrededor de toda la edificación. Al mirar la colina, me olvidé del teléfono y de Gerald Sherwood con su cabeza atestada de proyectos en su estudio forrado de libros, y pensé en Nancy y en cómo había vuelto a encontrarme con ella, después de todos esos años transcurridos desde el instituto. Recordé aquellos días en que caminábamos de la mano, con un orgullo y una felicidad que no volverían, que sólo aparecen una vez; cuando el mundo es joven y el primer e intenso amor de juventud es puro y maravilloso.

La carretera que tenía por delante era clara y amplia; los cuatro carriles continuaban durante otros treinta kilómetros más o menos antes de reducirse a dos. No circulaba nadie en la carretera excepto un camión, que iba detrás de mí y avanzaba con bastante rapidez. Al ver los faros en mi retrovisor, entendí que dentro de un instante se desviaría para adelantarme.

Yo no conducía deprisa y sobraba espacio para que el camión me adelantara, no había ningún obstáculo y, entonces, choqué contra algo.

Fue como chocar con una fuerte goma elástica. No se oyó ruido ni estrépito algunos. El coche comenzó a disminuir de velocidad como si yo hubiera frenado. No podía ver nada y por un momento creí que le había sucedido algo al coche, que el motor se había estropeado, que los frenos se habían bloqueado, o algo por el estilo. Retiré el pie del acelerador y el coche se paró. Luego empezó a deslizarse hacia atrás, cada vez más aprisa, exactamente como si hubiera chocado con esa goma elástica y ahora ésta regresara bruscamente a su posición. Puse punto muerto porque olía a caucho mientras los neumáticos chirriaban sobre la carre-

tera, y, tan pronto como quité la marcha, el coche salió despedido hacia atrás tan deprisa que fui arrojado contra el volante.

Detrás de mí, la bocina del camión sonó frenéticamente y los neumáticos aullaron sobre el asfalto al tiempo que el conductor hacía girar su vehículo para evitarme. El camión emitió un silbido al sobrepasarme a toda velocidad y, debajo del silbido, pude oír el caucho de los neumáticos rozando el firme, y todo él retumbaba furioso conmigo por causarle este problema. Entonces, cuando me adelantaba como un rayo, mi coche se detuvo en la cuneta.

En estas, el camión chocó contra aquello con lo que yo había chocado, fuera lo que fuese. Pude oírlo cuando chocó. Produjo un leve «paf». Durante un solo instante, pensé que el camión atravesaría la barrera, o lo que fuera, pues era pesado y circulaba rápido. Durante unos segundos no hubo señales de que estuviera reduciendo la velocidad. Al poco comenzó a ir más despacio y vi las ruedas de ese gran camión con remolque resbalar y arquearse, de manera que parecían saltar sobre el asfalto, moviéndose todavía obstinadamente hacia adelante, pero aún sin pasar. Avanzó unos treinta metros más o menos respecto del punto donde yo me hallaba. Y en aquel momento el vehículo se detuvo y empezó a resbalar hacia atrás. Patinó suavemente un instante, con los neumáticos chillando sobre la calzada; luego, el remolque comenzó a doblarse. La parte posterior giró sobre sí misma y avanzó de costado por la carretera, dirigiéndose directamente hacia mí.

Yo me había quedado tranquilamente sentado en el coche, nada aturdido, ni siquiera demasiado sorprendido. Todo había sucedido tan deprisa que no tuve tiempo para sorprenderme. Sin lugar a dudas, había pasado algo raro, pero me parece que tenía la sensación de que al cabo de un rato lo comprendería y todo volvería a la normalidad.

Así que permanecí sentado en el coche, absorto observando lo que le sucedería al camión. Sin embargo, cuando

éste se deslizó hacia atrás, carretera abajo, con el remolque doblado mientras resbalaba, cogí la manija de la puerta, la empujé con el hombro y salí rodando del asiento. Me di un golpe contra la calzada, me puse precipitadamente en pie y corrí.

A mi espalda, los neumáticos del camión chirriaban, luego se oyó un estrépito de metal, entonces salí de un salto de la cuneta, llena de hierba, y miré atrás. La parte posterior del camión había chocado contra mi coche y lo había empujado a la cuneta y ahora se volcaba a su vez, lenta, casi majestuosamente, en la cuneta, justo encima de mi coche.

—¡Eh, cuidado! —grité. No sirvió de nada, por supuesto, y sabía que no serviría de nada. Las palabras simplemente surgieron de mí.

La cabina del camión se había quedado sobre la carretera, pero estaba ladeada, con una rueda en el aire. El conductor estaba arrastrándose fuera de la cabina.

Era una mañana plácida y tranquila. Al oeste, algunos relámpagos de calor brincaban por el oscuro horizonte. Reinaba en el aire ese frescor que sólo se siente en una mañana de verano antes de que el sol se levante y que el calor se cierna sobre uno. A mi derecha, en el pueblo, los faroles estaban todavía encendidos, colgando quietos y brillantes, sin que los agitara brisa alguna. Era una mañana demasiado agradable, medité, para que sucediera nada.

No había coches en la carretera. Estábamos únicamente nosotros dos, el camionero y yo; y su camión en la cuneta, aplastando mi coche. Él caminó por la carretera en mi dirección.

Llegó hasta mí y se detuvo, mirándome, con los brazos en un gesto de impotencia.

—¿Qué demonios sucede? —preguntó—. ¿Con qué hemos chocado?

—No lo sé —dije.

—Siento lo de su coche —me dijo—. Informaré de ello a la compañía. Se harán cargo de él.

Permaneció en pie, sin moverse, actuando como si nunca fuera a moverse de nuevo.

—Fue lo mismo que chocar contra nada —manifestó—. Allí no hay nada.

Luego, poco a poco, se encolerizó.

—¡Por Dios que voy a averiguarlo! —juró.

Se volvió bruscamente y caminó airado por la carretera, en dirección hacia aquello con lo que habíamos chocado. Le seguí. Él gruñía al igual que un cerdo enfadado.

Se dirigió directamente hasta la mitad de la carretera y golpeó la barrera, pero ahora rugía enloquecido y no iba a dejar que le impidiera el paso, así que siguió arrojándose contra ella y llegó bastante más lejos de lo que yo esperaba. Pero, al final, lo frenó y él permaneció allí por un momento, con su cuerpo ridículamente aplastado contra la nada, apretándose contra ella, y con sus piernas empujando como pistones bien engrasados en una tentativa de impulsarse a sí mismo hacia delante. En la tranquilidad de la mañana, sus zapatos rechinaban contra la calzada.

Entonces, la barrera lo expulsó. Lo despidió. Fue como si un viento repentino lo hubiera golpeado y lo empujara carretera abajo, dando tumbos. Al final, acabó medio apretujado bajo la parte frontal de la cabina.

Acudí a la carrera, lo agarré por los tobillos y lo saqué. Le hice ponerse en pie. Sangraba un poco allí donde se había rozado con el asfalto y su ropa estaba desgarrada y sucia. Pero ya no estaba enfadado; sólo estaba claramente asustado. Miraba carretera abajo como si hubiera visto un fantasma y todavía temblaba.

—Pero si allí no hay nada —exclamó.

—Vendrán otros coches —le hice observar— y está usted atravesado en la carretera. ¿No deberíamos poner banderas o algo?

Esto pareció hacerle reaccionar.

—Banderas —dijo.

Trepó al interior de la cabina y sacó unas cuantas banderas.

Caminé a su lado, mientras él las colocaba a lo largo de la carretera.

Dejó la última en el suelo y se puso en cuclillas junto a ella. Sacó un pañuelo y comenzó a limpiarse la cara.

—¿Dónde puedo hallar un teléfono? —preguntó—. Tendremos que conseguir ayuda.

—Alguien tiene que encontrar el modo de quitar la barrera de la carretera —dije—. Dentro de un rato habrá mucho tráfico. Habrá una cola de varios kilómetros.

Se frotó un poco más la cara. Tenía mucho polvo y grasa, además de sangre.

—¿Un teléfono? —repitió.

—Oh, en cualquier parte —le dije—. Vaya simplemente a una casa cualquiera. Le dejarán usar un teléfono.

«Y aquí estamos —rumié, para mis adentros—, hablando sobre esa cosa como si se tratara de un obstáculo corriente en la carretera, como de un árbol caído o una alcantarilla estropeada».

—Dígame, en cualquier caso, ¿cómo se llama este pueblo? He de decirles desde dónde les llamo.

—Millville —le respondí.

—¿Vive usted aquí?

Asentí con la cabeza.

Se puso en pie y volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo.

—Bueno —dijo—, iré a buscar ese teléfono.

Quería que me ofreciera a ir con él, pero yo tenía otra cosa que hacer. Tenía que rodear el obstáculo de la carretera y llegar al Johnny's Motor Court y explicarle a Alf lo que me había retrasado.

Me quedé en la carretera y le vi alejarse despacio.

Después, di la vuelta y avancé por la carretera hacia aquello que detenía a los coches. Llegué hasta ello y me

detuvo, ni brusca ni violentamente, sino con suavidad, como si estuviera decidido a no dejarme pasar bajo ninguna circunstancia, pero de un modo cortés y razonable. Alargué la mano y no encontré nada. Intenté restregar la mano, como para tocar una superficie, pero no había ninguna superficie, no había nada que restregar, absolutamente nada, únicamente esa suave presión que le alejaba a uno de lo que allí había, fuera lo que fuese.

Miré a un lado y a otro de la carretera y seguía sin haber tráfico, pero sabía que lo habría dentro de poco. Tal vez, me dije a mí mismo, debería colocar algunas banderas en el carril del tráfico en dirección este para advertir de que algo no iba bien. No tardaría más de uno o dos minutos en colocar las banderas, después de rodear el extremo de la barrera para dirigirme al Johnny's Motor Court.

En la cabina encontré dos banderas y bajé por la cuneta y trepé por la falda de la colina, describiendo una gran curva para salvar la barrera y, a pesar del rodeo, volví a tropezar con ella. Me alejé de ella y comencé a caminar a lo largo de la misma, trepando por la colina. Era agotador. Si la barrera hubiera sido algo sólido, no hubiese tenido problemas, pero dado que era invisible, seguí chocando con ella. Así fue como la recorrí, chocando con ella, alejándome después, volviendo a chocar más adelante.

Imaginaba que la barrera terminaría en cualquier momento, o que podría volverse menos gruesa. En un par de ocasiones traté de empujarla, pero estaba tan dura y fuerte como siempre. Una idea horrible iba tomando cuerpo en mi mente. Y cuanto más subía por la colina, más persistente era la idea. Fue en ese momento cuando dejé caer las banderas.

Oí más abajo el ruido de unos neumáticos que resbalaban y me giré a mirar. En el carril de dirección este, un coche había chocado contra la barrera, y, al rebotar, patinó de costado sobre ambos carriles. Otro coche, que circulaba detrás del primero, probó a moderar la marcha. No obstan-

te o sus frenos eran malos o bien su velocidad era demasiado alta, pues no pudo parar. Mientras lo contemplaba, el conductor viró y se salió de la carretera, con las ruedas sobre la cuneta, y rebasó al coche que se deslizaba de lado. Después, topó con la barrera, pero su velocidad se había reducido y no penetró demasiado en ella. Paulatinamente, la barrera despidió al coche y éste derrapó hasta chocar con el otro y finalmente se paró. El conductor del primer coche salió y lo rodeó para llegar al segundo. Vi su cabeza inclinarse hacia arriba y me divisó. Agitó los brazos en mi dirección y gritó, pero yo estaba demasiado lejos para comprender lo que decía.

El camión y mi coche, que yacía aplastado debajo de aquel, seguían solos en los carriles de dirección oeste. Era curioso, se me ocurrió, que no hubiera pasado nadie más.

Una casa se recortaba en lo alto de la colina y por algún motivo no la reconocí. Tenía que ser la casa de alguien que yo conociera, puesto que había vivido en Millville toda la vida, a excepción del año que pasé en la universidad, y conocía a todo el mundo. No sé cómo explicarlo; por un momento, estuve hecho un lío. Nada me parecía familiar y estaba confuso; intentaba orientarme y averiguar dónde me encontraba.

El este se estaba iluminando y, dentro de treinta minutos, saldría el sol. Al oeste, se vislumbraba una gran y amenazadora masa de nubes y, en la base de la misma, pude percibir el rápido parpadeo de los relámpagos que acompañaban a la tormenta.

Permanecí allí, miré hacia el pueblo y comprendí a la perfección dónde me hallaba. La casa que había en lo alto de la colina era la de Bill Donovan. Bill era el basurero del pueblo.

Caminé a lo largo de la barrera, en dirección hacia la casa y, por un momento, calculé dónde se hallaba la casa en relación con la barrera. Era más que probable, calculé, que se encontrara precisamente dentro de ella.

Llegué a la valla y, después de saltarla, atravesé el sucio patio que llevaba a la desvencijada escalera posterior. Subí por ella con cuidado para llegar a la entrada y busqué un timbre. No había timbre. Alcé el puño y golpeé la puerta, luego esperé. Oí a alguien que se movía en el interior. Después, se abrió la puerta y Bill me miró fijamente. Era un hombre sucio, desmañado y su espeso cabello estaba erizado. Me observaba desde debajo de un par de agresivas cejas. Se había puesto los pantalones sobre el pijama, pero no se había subido la cremallera y llevaba un pedazo de pijama púrpura asomando. Iba descalzo y sus dedos se encogían un poco por el frío suelo de la cocina.

—¿Qué pasa, Brad? —quiso saber.

—No lo sé —respondí—. Algo sucede abajo, en la carretera.

—¿Un accidente? —preguntó.

—No, un accidente no. Te digo que no lo sé. Hay algo atravesado en la carretera. No se puede ver, pero está allí. Chocas contra ello y te frena. Es como una pared, pero no puedes tocarlo ni sentirlo.

—Entra —dijo Bill—. Te vendrá bien una taza de café. Conectaré la cafetera. De todos modos, es la hora del desayuno. La mujer se está levantando.

Buscó tras de sí y encendió de un golpe la luz de la cocina, a continuación se hizo a un lado para que yo pudiera entrar.

Bill se dirigió al fregadero. Cogió un vaso del mármol y abrió el grifo, luego esperó.

—Hay que dejarla correr hasta que se enfría —comentó. Llenó el vaso y me lo ofreció.

—¿Quieres beber?

—No, gracias —le contesté.

Se llevó el vaso a la boca y se lo bebió en un par de tragos que le chorrearon por las comisuras de los labios.

En algún lugar de la casa gritó una mujer. Aunque viva cien años, no olvidaré cómo era ese grito.

Donovan dejó caer el vaso sobre el suelo y se rompió, en una lluvia de cristal y gotas de agua.

—¡Liz! —gritó—. Liz, ¿qué sucede?

Desapareció precipitadamente de la habitación y yo permanecí allí, helado, con la vista fija en la sangre que había en el suelo, allí donde los pies desnudos de Donovan se cortaron con el vaso roto.

La mujer volvió a gritar, pero, esta vez, el grito fue apagado, parecía que gritase con la boca apretada contra una almohada o una pared.

Salí apresuradamente de la cocina y entré en el comedor, tropezando con algo a mi paso —un juguete, un taburete, no sé lo que era— y dando traspiés hasta mitad de la habitación para intentar recuperar el equilibrio, temeroso de caer y golpearme la cabeza contra una silla o una mesa.

Y volví a chocar con él, con ese mismo muro resistente con el que había chocado en la carretera. Me apreté contra él y empujé, irguiéndome sobre mis pies, permaneciendo en la oscuridad de la habitación con el horror de ese muro que me atenazaba el alma.

Podía sentirlo delante de mí, a pesar de que ya no lo tocaba. Y en tanto que antes, en la carretera, al aire libre, no era más que un prodigio demasiado grande para comprenderlo, aquí, bajo este tejado, en esta casa familiar, se convertía en una extraña pesadilla que le ponía a uno los pelos de punta.

—¡Mis niños! —chillaba la mujer—. ¡No puedo llegar a mis niños!

Ahora comencé a orientarme en la habitación con cortinas. Vislumbré un aparador y la puerta que daba al distribuidor de los dormitorios.

Donovan cruzaba la puerta. Estaba medio guiando, medio sosteniendo a la mujer.

—Intenté llegar hasta ellos —explicó fuera de sí—. Hay algo allí, algo que me detuvo. ¡No puedo llegar hasta mis niños!

Él la dejó en el suelo, la apoyó contra la pared y se arrojó cariñosamente junto a ella. Me lanzó una mirada; en sus ojos latía un desconcertado y enojado terror.

—Es la barrera —le dije—. La que hay en la carretera. Pasa por en medio de la casa.

—No veo ninguna barrera —dijo él.

—Maldita sea, tío, no se ve. Simplemente está ahí, eso es todo.

—¿Qué podemos hacer?

—Los niños están bien —le aseguré, esperando estar en lo cierto—. Están justo al otro lado de la barrera. No podemos llegar hasta ellos y ellos no pueden llegar hasta nosotros, pero todo va bien.

—Me levanté para entrar a verles —acertó a decir la mujer—. Sólo me levanté para entrar a verles y había algo en el pasillo...

—¿Cuántos son? —pregunté.

—Dos —contestó Donovan—. Uno tiene seis años, el otro ocho.

—¿Hay alguien a quien puedan llamar? Alguien fuera del pueblo. Podrían venir y llevárselos para cuidar de ellos hasta que averigüemos qué es esa cosa. Este muro debe tener un final en algún sitio. Lo estaba buscando...

—Ella tiene una hermana —dijo Donovan— a cierta distancia carretera arriba. Seis o siete kilómetros.

—Tal vez podría llamarla.

Y cuando decía esto, otra idea me vino a la mente. Quizás no funcionara el teléfono. La barrera podía haber cortado las líneas telefónicas.

—¿Estás bien, Liz? —se interesó Bill.

Ella asintió en silencio, todavía sentada en el suelo, sin intentar levantarse.

—Voy a llamar a Myrt —dijo él.

Le seguí a la cocina y permanecí detrás de él mientras cogía el auricular del teléfono de pared; contuve mi respiración con la profunda esperanza de que hubiera línea. Y, por

una vez, mi esperanza debió haber servido de algo, pues cuando el auricular estuvo fuera de la horquilla pude oír el débil zumbido de una línea en funcionamiento.

En el comedor, la señora Donovan sollozaba entre hipidos.

Donovan marcó el número, con sus dedos grandes, chatos y sucios de grasa, aparentemente torpes y poco familiarizados con la tarea. Finalmente lo consiguió.

Esperó con el teléfono pegado a la oreja. Yo podía oír sonar la señal en el silencio de la cocina.

—¿Eres tú, Myrt? —dijo Donovan—. Sí, soy Bill Tenemos un pequeño problema. Quisiera saber si tú y Jake podríais venir... No, Myrt, sólo es algo que no marcha. No puedo explicártelo. ¿Podríais venir y llevaros a los niños? Tenéis que venir por la parte delantera; no se puede entrar por la posterior... Sí, Myrt, sé que parece una locura. Hay una especie de muro. Liz y yo estamos en la parte trasera de la casa y no podemos llegar a la delantera. Los niños están ahí... No, Myrt, no sé lo que es. Pero haced lo que os digo. Los niños están allá arriba, solos, y no podemos llegar hasta ellos... Sí, Myrt, justo por en medio de la casa. Dile a Jake que se traiga un hacha. Esa cosa divide la casa en dos. La puerta principal está cerrada y Jake tendrá que destrozarla. O romper una ventana, si eso resulta más fácil... Claro, claro, sé lo que digo. Sencillamente id y hacedlo. Haced cualquier cosa para llevaros a los niños. No estoy loco. Te digo que hay algo raro. Algo extraño. Haz lo que digo, Myrt... No te preocupes por la puerta. Lo único que importa es simplemente destrozar esa maldita cosa. Sólo llevaos a los niños como podáis y mantenedlos a salvo por nosotros.

Colgó y dio la espalda al teléfono. Con el antebrazo se limpió el sudor de la cara.

—Maldita mujer —dijo—. No hacía más que quedarse ahí y discutir. Es una lagarta frívola. Bueno, ¿ahora qué hacemos? —preguntó mirándome fijamente.

—Seguir la barrera —dije—. Ver adónde va. Ver si podemos rodearla. Si encontramos un camino que la rodee, podremos salvar a sus niños.

—Iré con usted.

Hice un gesto hacia el comedor.

—¿Y va a dejarla aquí sola?

—No —dijo—. No, no puedo hacerlo. Usted vaya delante. Myrt y Jake vendrán y se llevarán a los niños. Alguno de los vecinos acogerá a Liz. Ya le alcanzaré. Tal como están las cosas, podría necesitar ayuda.

—Gracias —dije.

Fuera de la casa, la palidez del amanecer empezaba a extenderse sobre la tierra. Todo estaba pintado de ese brillo fantasmal, no del todo blanco, tampoco de ningún otro color definido, que señala el amanecer de un día de agosto.

Abajo en la carretera, un par de docenas de coches se apretujaban frente a la barrera del carril de dirección este y grupos de personas estaban inmovilizados. Oí una voz fuerte que resonaba continuamente en excitada conversación, uno de esos gritones agresivos que se encuentran en toda multitud. Alguien había encendido una pequeña hoguera de campamento en el pasillo que separaba los carriles. Dios sabe por qué, la mañana era realmente calurosa y el día iba a ser otro tanto.

Entonces recordé que quería ponerme en contacto con Alf y decirle que no iba a ir. Podría haber utilizado el teléfono que había en la cocina de Donovan, pero me había olvidado. Permanecí allí, indeciso, debatiendo si volver a entrar y pedir usar el teléfono. Me di cuenta de que ésa había sido la razón principal por la que había ido a la casa de Donovan.

Estaba ese montón de coches en el carril de dirección este y sólo el camión y mi abollado coche en el de dirección oeste y eso debía de significar, me dije, que el carril de dirección oeste estaba cortado, también, en algún lugar al